



El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9235

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rettet, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

SÁBADO 13 DE AGOSTO DE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.
Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

DOCTOR USON.

Consultas de las enfermedades de los ojos y de la matriz.—Tres días de 9 a 12.—Calle Mayor, 11, principal.

EL MILDEW

IV.

EL HIDRATO CALCICO

De gran predicamento ha gozado y goza todavía en algunas comarcas de Italia este remedio aplicado en los primeros momentos de la invasión del peronospora.

Por el año de 1885, aplicado en los viñedos atacados en la comarca del Teseo, se consiguió dar crédito al resultado de las experiencias con carácter oficial muchas de ellas publicadas, podría decirse que la lechada de cal era el apetecido remedio para combatir con éxito el mildew.

La comparación entre los productos de las viñas tratadas con el hidrato cálcico y las que no lo fueron, la calidad de los vinos de uvas y otras, en las comarcas italianas donde se hicieron los experimentos, la baratura de las sustancias empleadas y la facilidad en la aplicación, hubieran generalizado, sin duda alguna, este remedio, si en todos los casos ofreciera en la práctica los resultados que vamos a exponer entre los viticultores italianos.

De 13.968 cepas elegidas para practicar los primeros experimentos, fueron oportunamente rociadas con la lechada de cal, 4576 que produjeron 18 hectólitros de mosto. Las 9.372 restantes no sometidas, dieron una producción de 15 hectólitros, es decir, dos y media veces inferior al de las cepas tratadas.

Al aumento de producción tan importante hay que añadir la calidad de los mostos, que resultó, de los ensayos practicados, como sigue:

CEPAS TRATADAS

Glucosa. 15, 6 %
Acidez total. 9, 79
Crémor tartárico. 3, 32
Materias extractivas 20, 22

CEPAS NO TRATADAS

Glucosa. 7, 00 %
Acidez total. 12, 73
Crémor tartárico. 3, 32
Materias extractivas 20, 00

De modo que teniendo en cuenta la mayor producción de las primeras y la proporción de glucosa que resulta en su favor,—que viene a ser superior en unas cinco veces—estaría justificada la recomendación en favor de la lechada de cal.

La materia colorante es también superior en las viñas tratadas, viniendo a comprobarlo los ensayos realizados por el profesor de la Es-

cuela de Enología, Sr. Comboni, que pone de manifiesto un estado comparativo entre los productos de vides sujetas al tratamiento y las que no lo fueron.

En las primeras resulta la enorme proporción de las sustancias importantes.

Ensayos posteriores realizados por disposición del Dr. Cerletti, director de la Escuela de Enología, confirmaron:

Que el efecto del hidrato cálcico era el mismo para todas las variedades.

Que su aplicación en las viñas invadidas contenía el desarrollo de la enfermedad.

Respecto a la alteración que pueden experimentar las hojas bajo la influencia de la capa de cal que las cubre, refiriéndose a la traspiración y a la elaboración del almidón, dice el Dr. Cuboni, que estas importantes funciones se efectúan con toda regularidad y con escasa diferencia entre las hojas cubiertas por dicha sustancia y las que están completamente limpias.

Respecto a la preparación del hidrato dice un ilustrado ingeniero agrónomo español lo que sigue:

Puede prepararse en forma de polvo blanco rociando con agua la cal viva; la cal apagada ó el hidrato así obtenida es poco soluble en el agua y a esta solución se le da el nombre de agua de cal. Empleando el 3 por 100 de cal hidratada, cantidad superior a la que puede disolver dicha proporción de agua, se forma la lechada de cal, que en realidad es una mezcla de hidrato cálcico. Esta disolución al aplicarse a las cepas, fija el anhídrido carbónico del aire y se convierte en carbonato; de modo que la delgada película de cal que cubrirá la parte superior y envés de las hojas, será de carbonato cálcico.

Con ser tan importantes y satisfactorios los datos que dejamos consignados, la aplicación del hidrato cálcico no se ha generalizado en la proporción que debiera aconsejar los resultados ofrecidos por las observaciones de que damos cuenta.

Evidente prueba de que el método, preconizado por Bellusi, Cuboni, Comboni, Cerletti y otros no ofrece ventajas tan grandes y positivas, ó son inferiores a las de otros procedimientos con posterioridad descubiertos de los cuales daremos cuenta en los sucesivos artículos.
L. YMOAN.

ECOS DE MADRID.

11 de Agosto de 1892.

Las verbenas de San Cayetano y San Lorenzo que son las más clásicas de los barrios bajos de Madrid, se han celebrado este año con mucho rumbo. Ha habido bailes por lo agarrao y por lo suelto, músicas, iluminaciones, mucha alegría, y sin embargo no ha habido que lamentar ninguna de esas escenas que vienen a ser en la vida popular madrileña lo que los cromos en las novelas por entregas a cuartillo de real.

El tiempo sigue favoreciéndonos, porque aunque hace calor durante el día, las noches son frescas y apacibles y la de la verbera del santo de las parrillas, que tiene fama de ser de las más graduadas, no tuvo nada que envidiar no ya a las de los pueblos y valles pirenaicos, sino

tampoco a las de la Granja, Avila y Bruggos, donde según cuentan duermen los habitantes con dos mantas y no salen a la calle cuando anochece más que embozados en la capa.

Falta hacen al pueblo de Madrid estos regocijos; porque el número de los hipocóndricos aumenta y con ellos el de los desdichados suicidas.

Ya se habrán enterado los lectores del pobre diablo que se arrojó desde un piso tercero a la calle, porque perdió la esperanza de curarse una afección a la vista que padece. Sin estar desesperado ni mucho menos, antes bien contento de su suerte, pregonaba un pescadero su mercancía en la puerta de su tienda, cuando cayó sobre él el suicida y le rompió literalmente el espinazo.

Hay horas fatales y son muchas las personas que al andar por la calle van encomendando su alma a Dios. Cuando no es un alero de tejado es un desesperado el que amenaza a los transeúntes, y si miran hacia arriba para librarse de este peligro corren el de tropezar con un coche ó con un acreedor.

Falta hace que el alcalde persista en sus deseos de hermostrar la población para que ofrezca algunos cuadros agradables a los madrileños. Y en efecto parece que su Excelencia quiere dejar recuerdos de su afección a la estética. La tan asendereada Cibele no estará sola en el sitio en donde se proponen colocarla. En torno suyo se levantarán estatuas de hijos célebres de Madrid. Entre las que están en estudio figuran dos que de seguro se burlarán de las mejores por hontitas que sean; y no solo de las mejores sino de los que a pie y en coche pasan a su lado. Quevedo y D. Ramón de la Cruz, el profundo burlón y el pintor de costumbres populares.

Hay quien propone que los bocetos de estas estatuas, mejor dicho, de las estatuas en yeso que no son más que la primera prueba antes de esculpir en mármol ó fundirlas en bronce, se coloquen para las fiestas.

Si tal se hace, sufrirán la suerte de lo provisional. Además que ya basta y hasta sobra con el programa formulado por el municipio, que ha tenido la modestia de no dejar nada que altere la rutina de esta clase de fiestas.

Convocada la prensa para aumentar con los rasgos de su ingenio las funciones ya ideadas, ha expuesto con sobrada razón que no le permite su delicadeza consentir que el Ayuntamiento pague lo que costasen los números que añadiese al programa.—«Si queremos fiestas, han dicho los periodistas, las costearemos de nuestro peculio.» De modo que dejan toda la gloria a la inventiva municipal.

A un alcalde de barrio le han robado 3.000 pesetas y el otro día intentaron los matuteros introducir petróleo nada menos que en un carro que conducía a Madrid la vajilla municipal.

¡Lo que es por falta de audacia no pecan ni los defraudadores ni los aficionados a lo ageno!

Según anuncian los periódicos de París debe haberse refugiado en Madrid un banquero parisiense que pasaba allá por hombre de una religiosidad ejemplar. Al lado de la caja de los caudales tenía un altar con una virgen. Nunca faltaban a la imagen ramos de flores y el banquero no abría la caja sin hacer la señal de la cruz.—En una palabra parecía un modelo de virtudes, con cuyo motivo el clero de Francia le confiaba crecidos capitales.

El chasco que ha dado ha sido mayúsculo. Se ha escapado con tres millones de francos, y parece que se ha venido a España a disfrutarlos.

Las cátedras que habían salido a oposición se están dando a excedentes del profesorado, y los opositores que ya tenían un derecho adquirido tendrán que esperar sentados para ingresar.

No resignándose se van a reunir y a reclamar daños y perjuicios.

Si no hacen oposición a las cátedras por lo menos se la harán al ministro.
JULIO NOMBELA.

COLABORACIÓN INÉDITA

LA NIÑA MÁRTIR

(CUENTO)

No se trata de alguna de esas criaturas cuyas desdichas alborotan de repente a la prensa; de esas que recoge la policía en las calles a las altas horas de la noche, vestidas de andrajos, escuálidas de hambre, ateridas de frío, acardenaladas y tundidas a golpes ó dilaceradas por el hierro candente que aplicó a sus tiernas carnicitas sañuda madrastra.

La mártir de que voy a hablaros tuvo la ropa blanca por docenas de docenas, bordada de esputa de Valencienes auténtico; de Inglaterra la enviaban en enormes cajas, los vestidos, los abrigos, y las tocas: en su mesa abundaban platos nutritivos, vinos selectos; el frío la encontraba acolchada de pieles y edredones, y diariamente lavaba su cuerpo con jabones finísimos y aguas fragantes, una chambermaid británica.

En invierno habitaba un palacete forrado de tapices, sembrado de estufas y caloríferos; en verano una quinta a orillas del mar, con jardines, bosques, vergenes, alamedas de árboles centenarios y pisos de mármol que se inclinaban para mirarse en la superficie de los estanques, a través del velo de hojas de ninfea...

Si quería salir, preparado estaba en todo tiempo el landó ó el sociable, si prefería solazarse en casa le abrían un armario atestado de juguetes caros; salían de él como salen de una viva imaginación los cuentos, seres maravillosos, creaciones de la magia moderna; el jockey vestido de raso azul y botón de oro, con su caballo que galopa de veras y salta zanjas; la muñeca que mueve la cabeza y abre los ojos y llama a sus papás con mimoso quejido infantil; la otra muñeca bailarina que asiendo un aro de flores gira, revolotea, se columpia, trenza y replica con los pies, y por último saludaba al público enviándole un beso volado: el cochecillo eléctrico; el aeróbata; el mono violinista; el ruiseñor mecánico, que gorguea, sacando la cabecita y eriza las plumas; todos los autómatas, todos los remedos, todos los fantoches de la vida que a tan alto precio se compran para entretener a los hijos de padres acaudalados.

Pues no obstante yo os digo que la niña de mi cuento era mártir y murió, y que después de muerta, su cara, entre los pliegues del velo de muselina mostraba más acentuada que nunca la expresión melancólica y grave, tan sorprendente en una criatura de diez años adorada y criada entre algodones.

Mártir, creerlo: mártir como las abandonadas que en las noches de Enero, se acurrucan tiritando en el umbral de una puerta.

La vida es así; para todos tiene destinado su trago de agenjo; sólo que a unos se lo sirve en copa de oro cincelada y a otros en el hueco de la mano. El dolor es eternamente fecundo: unas veces da a luz en sábanas de Holanda y otras sobre las guijas del arroyo.

Hija de padres machuchos, que contaban toda esperanza de sucesión; única heredera de ilustre nombre y de pingües haciendas, la niña fue desde sus primeros años víctima de sus propios brillantes destinos.

Pendiente de sus más leves movimientos; expiando su respiración; contando los latidos de su corazoncillo inocente, los dos cincuentones la criaron como se

cria en el invernáculo, la flor rara, predestinada a sucumbir al primer cierzo.

Un médico, que bien podemos llamar de cámara, tenía especial encargo de llevar el alta y baja de las funciones fisiológicas de la criatura.

Se apuntaban las chupadas de leche que pasaban del seno del ama a la boquita de la nena.

Un reloj puntualísimo marcaba por minutos el sueño, el despertar, las horas de comer, la del aseo, la del paseo.

Un termómetro graduaba el temple del agua de las abluciones. Una balanza pesaba el alimento y las ropas, según las prescripciones y órdenes minuciosas del doctor.

Cuando vino la crisis de la dentición con ella el desasosiego, la impaciencia, la casa se convirtió en una Trapa; nadie alzaba la voz, nadie pisaba fuerte, por no sobresaltar a la niña, por no quitarle el sueño.

El régimen pareció higiénico y se hizo permanente ya.

Diríase que aquella morada sordomuda era una capilla erigida al dios del silencio; y la niña con la singular adivinación que a veces demuestra la infancia, comprendiendo que allí los ruidos no tendrían eco, ni eco las risas, fue desde que rompió a andar, calladita, formal, obediente, seria... tan seria y tan obediente que daba una lástima terrible.

Hubo un terreno en que no pudo ser tan dócil.

Despegando la mejor voluntad, la niña no lograba tener buen color, el color de una manzana Sanjuanera que alegra a las madres.

Su tez de seda, satinada y trasparente por la clorosis se jaspeaba con venitas celestes y a trechos con la suave amarillez del marfil.

Sus ojos azules de azul vítreo, eran hondos, tranquilos, resignados.

Su boca parecía una rosa destefada, mustia ya.

Sea por el cuidado que habían puesto en que no sintiese nunca la menor impresión de frío, ó sea por el mismo empobrecimiento de la sangre, era tan friolera que en el rigor del verano vestía de lana también. Al verla pasar toda blanca, esbelta, derecha, despaciosa, grave, las ideas sanas y humorísticas que infunden la niñez cedían el paso a otras ideas fúnebres, del claustro y de mausoleo. No creáis que sus padres no advertían que la niña era una lamparita de esas que apaga un soplo.

Tanto lo advertían, que por eso mismo cada día calafateaban mejor las rendijas por donde pudiese deslizarse una ráfaga perturbadora.

Así que blindasen, acolchasen y forrasen completamente la casa, no penetraría el hábito sutil de la muerte.

Vengan algodones, vengán telas, vengán clavos; aislemos, aislemos a la niña. Ah! Si la madre pudiese restituirla a la tibia concavidad del claustro materno y el padre al calor de las entrañas generosas! ¡Si fuese dable meterla en campana neumática, ó alojarla en la máquina donde incuban los polluelos!

Por la ventana, entreabriendo los pesados cortinajes, la niña veía a veces jugar en la calle a los desarropados granujas.

Frescos, risueños, turbulentos, derramando vida, los chicos se embestaban con una cabeza de toro hecha de mimbres, ó se daban a cachete limpio, ó se santiaguaban con peladillas.

En la quinta desde donde se dominaba la playa, granujas también los hijos de los pescadores que desnudos, bronceados, ágiles y saltadores como peces y en bandadas como ellos, se bañaban permanentemente horas enteras dentro del agua verdosa, en que se capuzaban a manera de delfines.